

AÑO IV

NRO. 44

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Leopoldo Durán

ANTONIO MONTEAVARO

**SUS MEJORES
& CVENTOS &**

BUENOS AIRES

1919

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MINIMAS.

La vie intellectuelle en Amérique Latine.

..... Dans la petite collection argentine *Ediciones Minimas* qui remplit si bien son rôle d'anthologie pour les jeunes gens, on vient de publier un choix de *Poesias* (Buenos Ayres, 1919) d'Edmundo Montagne, un poète qui était prédestiné à l'humble gloire de ces veilleuses fidèles dont la lumière adoucie dure plus longtemps que les autres. Quelques lignes de l'introduction nous font remarquer avec justesse que M. Montagne reste inconnu des lecteurs de la dernière génération argentine. Il méritait pourtant plus de reconnaissance, car sa simplicité confidentielle nous touche davantage que certains jeux de trapèze de maints jongleurs de son pays. Il dit, dans ce recueil, des poèmes domestiques comme "La Veillée", qui sont d'un *jammisme* charmant. Mais j'ai peut-être tort de chercher en France ce qui n'est que la délicate continuité d'un lyrisme mineur, bien espagnol certainement, puisque le poète romantique Gustavo Adolfo Becquer, fut notre maître d'intimité quand nous n'étions pas encore venus nous déguiser pour des fêtes galantes. Depuis Becquer, des organistes du langage sont entrés bruyamment dans nos chapelles littéraires; mais on n'a jamais oublié de dire, pour de plus simples fidèles, des messes basses. Et voilà que la simplicité revient à la mode chez nous. Les "Conceils à soi-même", qui sont l'Art poétique de M. Montagne, expriment la bonté universelle, la tendre humilité des meilleurs poètes de notre race. "Ne sonne pas le toc-sin pour tes grandes douleurs, pardonne à l'homme & à la femme impure..., à tous les trafiquants de paroles sacrées, & cherche pour ta peine le coin le plus solitaire de ta maison". C'est cette sagesse blessée qui convient aux vers qui nous touchent le plus, ceux du Musset vieilli, ceux de Baudelaire & de Rubén Dario quand ils avaient quarante ans.

.....
Ventura García Calderón. "France-Amérique Latine", Paris, novembre 1919.



(De una tarjeta a L. D.).

...lo felicita sinceramente por la última entrega de "Ediciones Minimas". Es un acierto raro el suyo al elegir autores y buscar en sus producciones las que, dentro del marco estrecho de la colección, permiten admirar al escritor en todo su valor. — E. Herrero Dacloz. — La Plata, 27. XII. 1919.



(De una carta a L. D.).

...ha llegado la colección completa de "Ediciones Minimas", que aprecio tanto que la voy a mandar encuadernar para conservarla en tres tomos. Es verdadera literatura, y seguramente irá traduciendo algunas de las selecciones para "Inter América".

He traducido y publicado ya algunas selecciones del número que tenía las admirables moralizaciones de mi buen amigo don Clemente Onelli. En el próximo número de "Inter América" inglesa aparecerá mi traducción de *Mar Afuera*, por Eduardo Wilde. Le envío hoy un ejemplar del número de "Inter América" en que apareció lo de Onelli, y junto con él, el número correspondiente a abril de este año, en que publicamos la versión inglesa del artículo por Agustín Álvarez titulado *El proletario en la víspera de la Revolución*. — PETER H. GOLDSMITH, director y redactor de la revista "Inter América". Nueva York, 17 de noviembre de 1919.

**LOS MEJORES CVEN-
TOS de Antonio Monteavaro.**

**EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXIX.**

LA biografía de Antonio Monteavaro puede precisarse en pocos trazos. Su bibliografía cabe en menos aún, pues ella se determina dejando un renglón en blanco. Todo ello sin mengua de los méritos que enaltecían ese espíritu torturado y bello, apagado tempranamente. Había venido de Entre Ríos, su provincia natal, en 1894, después de haber cursado el bachillerato en el colegio nacional del Uruguay. En la universidad de Buenos Aires fué un ave de paso. Su juventud armoniosa alentaba afanes más puros que los de internarse en los meandros de los códigos. Prefirió el platónico cortejo de las nueve hermanas musagetas a la posesión sin amor de Némesis ciega. Y así, prestas las alas para iniciar un vuelo más amplio y alto, se lanzó al torbellino en busca del país azul. La marcha fué intermitente desde un principio, y desmayada en los últimos tiempos. Como peregrinó siempre, no cobijó su desamparo en la sombra protectora del árbol que aloja el nido, ni recogió el grano que no necesitaba con urgencia. Las últimas etapas fueron demasiado crueles con el gran corazón y la clara inteligencia del escritor bohemio. Herido ya de muerte por las combustiones implacables del alcohol, se tendió sobre un lecho del hospital Rawson, y allí expiró el 18 de diciembre de 1914. Las excelencias de su obra no están en estas páginas solamente. Las sorprendemos también en la más efímera de sus escrituras, y las sospechamos en lo que dejó de hacer...

LA OBSESION DEL HEROISMO

I

DOS AMIGOS SE ENCUENTRAN

—¿S os vos, viejo? ¡Pero qué viejo estás! —La edad... y la dicha, muchacho. ¡Qué alegría me da verte después de diez años!... ¿Diez o quince?... ¿o cinco?

—Pongamos ocho para estar en un justo medio... *in medium veritas*... No te veo desde 1902, cuando me eché a rodar por esos mundos, hasta que me reclusi en la estancia de mis padres... Te encuentro muy cambiado, Landy. A ver, déjame que te mire.

Y poniéndole pesadamente ambas manos sobre los hombros, Adolfo Sandoval, un mocetón de una treintena de años, alto, morrudo, gallardo, aunque con ese imperceptible embarazo del hombre rural que hace tiempo no viste ropa de ciudad, contempló cariñosamente a su amigo, un tipo pequeñín, imberbe, de escaso cabello plateado, mejillas fatigadas y ojos oscuros muy penetrantes, que relampagueaban de vivacidad.

—¡Mi buen Landy! Sí, estás un poco momificado, pero los ojos conservan su juventud... A la fecha, ¿tendrás 40 años?

—Cuarenta y dos cumplí en junio... Pero ya que trabajamos de empadronadores, ¿cuál es tu edad? ¿Has llegado a la *funesta* de los amargos desengaños?

—En la puertija, viejo. Voy para los 30. Pero vamos a echar un párrafo, que me salgo de la vaina para hablar con alguien. Hace dos o tres días que estoy en Buenos Aires y no me hallo, ya no conozco a nadie, me encuentro como perro forastero que mira lastimeramente y husmea el suelo abatado. Puras relaciones con cerealis-

tas... Parece mentira que esta sea mi ciudad de antes, con tan linda muchachada, cuando vos eras nuestro Mentor, pero casi jovencito... Entonces no tenías ni una sola cana en la cabeza... ¿o te las teñías?

—Me desbarranqué de golpe, hermano, sin sentir, sin sufrir, dichoso con mi suerte, con mi hogarcito de oleografía inglesa, con mis sueños, con todo... ¿Entramos a este café?

- Se habían encontrado de improviso, al atardecer de un día de primavera, en momentos que Landy salía de una fábrica de cigarrillos donde ideaba y redactaba *réclames*, y al verse se detuvieron indecisos hasta que la mutua sonrisa de la mirada les hizo reconocerse por un fenómeno subconsciente de memoria. Después del prolongado abrazo, caminaban totalmente entregados a sus recuerdos, sorteando los viandantes sin percibirse de su marcha, hasta que la dificultad de andar juntos y la necesidad de charlar, provocó la invitación de Landy.

Estaban en una esquina de la Avenida de Mayo, y una mesita bajo un plátano de la acera acababa de desocuparse.

—¿Aquí?

—Hubiera preferido adentro. En esta urbe enorme la multitud parece entretenerse en quebrar toda intimidad.

—Estás hecho un campesino, Sandoval. Bien dijo quien dijo que uno nunca se encuentra más solo que entre la muchedumbre. En este *petit grand boulevard* vamos a aislarnos mejor que en la Pampa.

Un mozo jadeante, cargado con una bandeja llena de botellas y vasos, pasó la servilleta sobre la mesa seca y pulcra, dejando un rastro de humedad.

—¿Los señores?

—Un San Martín, ¿y vos?

—Yo... ya sabés, yo soy rural. Traígame un bitter, cualquier marca, con agua.

En realidad, aunque afectaba acentuar por disimulo una ligera confusión de *gentleman-farmer* que ha olvidado la ciudad, Sandoval se sentía molesto entre el ruido zumbador, el tráfago epiléptico de la enorme capital y la sensación de encontrarse muy lejos, en un mundo perdido del recuerdo. El aire del campo había pigmentado su tez, esparciendo en el semblante esa pátina de siena que acu-

sa bajo la piel una vigorosa circulación sanguínea. Era un bello espécimen humano, recio, de fuerte cabellera negra y ondeada, facciones regulares, ojos suaves que se bañaban en el límpido blancor de la esclerótica, bigotito crespo y mandíbula acentuada. Las manos nervudas y triqueñas parecían más tostadas, surgiendo de los blancos y lustrosos puños sujetos por botones de granates, que chispeaban a los rayos del sol con temblores rojizos.

Hijo de un estanciero rico del Azul, había recibido durante su niñez una educación esmerada, pero al cursar la carrera de abogado para los exclusivos fines del doctorado que le diera patente de ilustración, se dejó llevar por su vocación literaria, cultivando su inteligencia despierta y entusiasta bajo la guía de un criterio propio, fuera de los textos oficiales: autodidacta. Sus cursos en la Facultad los siguió irregularmente, cobrando aversión a la vieja casa de la calle Moreno donde le faltaba el estímulo de la camaradería, en tanto que las despegadas conferencias de los catedráticos no le incitaban a la sabiduría de las *Pandectas* y las *Partidas*. Se presentaba a exámenes en carácter de libre, cada vez con menos empeño, conducida su voluntad hacia otro ambiente, al que sus relaciones con algunos periodistas le hizo preferir. Por otra parte, su juventud en plena efervescencia, entre los 18 y 20 años, necesitaba entregarse al epicureísmo seductor que su cultura le impedía tornar en grosero sensualismo. La parranda y las aventuras de bastidores, alternadas sabiamente con su singular voracidad por la lectura, permitieron a su espíritu fortificarse en la observación de la vida y la enseñanza del libro, feliz dualidad que, desconocida por las relaciones de familia, lo colocó en el *Index* del buen tono y le obligó a frecuentar el mundo un poco intérlope de las gentes de letras y el falaz ilusionismo de las candilejas. Atado a sogas cortas por la previsión paterna, conoció sus días de bohemia, la bohemia encantadora del huésped efímero, sin miserias deprimentes, ni camisa sucia, ni abulia venenosa.

Fue durante esa época cuando conoció a Nicolás Laudy, una figura tallada en metal precioso que, por su mayor edad (30 años), su noble inteligencia y su áspero conocimiento de la vida, ejercía un prestigio indiscutido sobre el cenáculo de los jóvenes de que era centro. Menos cala-

vera que sus amigos a causa de las obligaciones de su hogar, pues tenía esposa y tres hijos, era sin embargo, intermitente en la labor y se pasaba noches enteras derrochando en el café su inagotable caudal de ideas y perdiendo de rechazo posiciones brillantes que se le ofrecieron a menudo, por no atar su independencia como decía, independencia curiosa, pues transaba con la esclavitud de su pensamiento, comprado a vil precio por empresas comerciales y no desdeñaba recibir un sueldo de amanuense a trueque de trabajos intelectuales para personajes de viso que pronunciaban discursos o publicaban artículos sociológicos e investigaciones históricas, escritos por ese modesto y desconocido productor que, amando la gloria, no obtuvo nunca la caricia de la celebridad. No obstante, el optimismo generoso de Landy no se desconcertaba por nada. "Hago el Pangloss" explicaba a sus amigos en la intimidad, "y todavía salgo ganando, pues adquiero fama de explotado cuando en realidad soy un inepto para la lucha por la existencia".

Landy y Sandoval se hicieron casi inseparables, manteniendo una relación cordial que participaba algo del vínculo entre el maestro y el discípulo independizado. El segundo, a los 24 años, terminó mal que bien su carrera de abogado, su padre lo envió a Europa rindiéndole cuenta de la tutela de su fortuna maternal, y desde entonces no se habían vuelto a ver, hasta en aquella tarde de primavera del año 1910, en que un plátano de la Avenida de Mayo guareció sus efusiones.

¡Tenían tantas cosas que decirse! Pero no sabían casi de qué hablar, mirándose enternecidos, Landy con admiración hacia ese sólido ejemplar de la raza y Sandoval con ternura por el endeble y aviejado cuerpo del pobre vencido cuyos ojos llameaban de inteligencia y cariño, como lo era su alma llena de afectividad y talento.

II

LA GRANDEZA DEL SIGLO

BUENO, contó — dijo Sandoval.
— Contar ¿qué? mi vida?... ¡Pero, muchachito! En Buenos Aires vivimos sin tiempo para saber que estamos

viviendo. Todo sucede y se amontona vertiginosamente, en un frenesí violento de hacer más, de ganar más, de saber más, de vivir más, y no se encuentra un reposorio para detenerse y saborear lo que se ha ganado, sabido o vivido, porque ya está uno atacado de nuevas ansias y nuevas esperanzas que lo impulsan adelante, siempre tras un espejismo, a la zaga de una quimera. Los soñadores no tenemos derecho a ser soñadores porque nuestros ensueños son miserables, mezquinos, sin grandeza siquiera para superar a la realidad de una vida tumultuosa, que se precipita en aterradores oleajes hacia quien sabe qué destinos inconmensurables.

Sonrió Sandoval, sintiendo de pronto la reaparición de dormidas emociones, no heridas de tiempo atrás por un lenguaje familiar, como si su alma requiriese cierta nota de diapason para vibrar a la manera de épocas ya idas.

—¡El eterno lírico! — murmuró suavemente dejándose envolver en esa onda de sensación simpática. Ahora sos el cantor de la vida contemporánea, como en otra hora lo fuiste de la vida vegetal y en otra del éxtasis religioso. La edad no te ha cambiado. Realmente, es una dicha...

—Sí, muy dichoso, muchacho, porque mi alma tiene el fervor de lo grande y se entusiasma por el prodigio. Mi más alta satisfacción es sentir que poseo la facultad de comprender, ya que carezco de la de hacer. El florecimiento de mi juventud tuvo lugar a fines del siglo XIX, sufriendo mi cerebro, definitivamente, la impresión de los grandes pensadores por excelencia. Nací demasiado temprano, lo confieso con pena, al revés de los vejestorios que se ufanan de haber nacido demasiado tarde. La pasada centuria, sobre todo al final, elevó la metafísica a la mayor altura, dando alas al pensamiento y cortando las del cuerpo. Pero el siglo XX, este siglo de maravillas, ha reunido las dos grandezas, la del pensamiento y la de la acción, proclamando el triunfo humano en su doble faz, lo que constituye el heroísmo excelso. Los mitos más increíbles, las fabulaciones más inverosímiles son ahora realizadas por el esfuerzo del hombre. La tierra, el mar y el aire no guardan secretos para estos seres de pasta excepcional que parecen semidioses. He releído los poemas épicos de Homero, los Eddas, las gestas caballerescas, los sueños extraordinarios de las edades heroicas.

Pues bien: ahora, en este primer cuarto de siglo, aquellos heroísmos se llevan a cabo de verdad. Los records olímpicos de un Ajax o un Ulises, la carrera de Marathon, la expedición de los Argonautas, la mecánica de Dédalo, las alas de Icaro... ¡qué sé yo!... todo, todo ha sido sobrepujado con el ingenio, la voluntad y la fuerza de las generaciones nuevas. ¡Qué! si hasta la mayor hazaña de Hércules, la limpieza de los establos de Augías, la realiza cualquier ingeniero de nuestros tiempos, desde el punto de vista físico, con igual facilidad. ¡Es como para sobrecojerse de admiración! Mirá. Hace apenas un año, vinieron simultáneamente las noticias del descubrimiento del Polo Norte y de la travesía del Paso de Calais por Blériot. Se puede decir que recién me di cuenta de la milagrosa superioridad del joven siglo, a raíz de aquella decadencia manifestada en una literatura exquisita, femenina, preocupada de los colores de la música, de las degeneraciones físicas y de los ensueños verdes del ajenjo. No me había dado cuenta de que habían transcurrido muchos años desde entonces y que la sugestión del misterio decrepito fuera substituida por el cultivo del músculo, el espíritu aventurero, la concepción viril y la ciencia práctica aplicada a pensamientos colosales. Pero comprendí a tiempo la fecunda evolución, y si mis raíces morales, enclavadas en el siglo XIX, precursor de este Renacimiento, me impedían la acción para ser también un héroe como lo son mis sucesores, por lo menos alimenté la esperanza de empollarlos, educando a mis hijos en el ambiente de lo grande, dejando que su tendencia personal, su idiosincrasia aventurera les revelara el destino de su acción. Y ellos... ellos... ¡oh!

—¿Te fracasaron, pobre amigo?

—¿Fracasar? ¿Lo sé acaso? Ellos son más grandes que yo porque no los comprendo. La inteligencia del muchacho, de Jacinto, que tiene 10 años, me asombra y me desconcierta. La mayor, Matilde — tú la conociste chiquilina — ahora tiene diez y ocho años, y es una mujer extraña, enigmática, dulce, buena, tranquila y sin embargo... rara, misteriosa, carcomida o enaltecida, no sé, por ideas que no alcanzo, que ni siquiera columbro. La otra, Peregrina, de quince, es más normal, más regalona, el trato de la madre, mi pobre vieja abnegada que ha sabi-

do alentar mis desfallecimientos... ¡Pero Matilde!... Yo la llamo mi Gioconda y ella sonríe como la Gioconda del gran Leonardo, y cuando me ve triste... porque también tengo entusiasmos de tristeza... me acaricia el pelo con una expresión de ternura que me hace pensar en las Madonnas misericordiosas de las leyendas cristianas... y me entristezco más aún.

—¿No estarás demasiado *emballé* con tus teorías? — preguntó inquieto e intrigado Sandoval.

—¡Quién sabe! Pero no con las que te he dicho, sino con otras, derivadas de las mismas... Bueno, che, se hace tarde y debo ir a casa. Hoy no te llevo porque el pucherete familiar es muy circunscripto, y además la patrona no me perdonaría la sorpresa. El domingo pasarás el día conmigo, ¿eh? Vivo en Barracas, en un *bulín* demasiado confortable para lo que me has conocido.

—Con mucho gusto, viejo. Hoy es viernes, así es que tenés tiempo sobrado para echar la casa por la ventana. En cambio, pedile permiso a tu patrona para comer mañana conmigo y acompañarme por la noche. Tengo ganas de reanudar viejas relaciones. ¿Podremos ver algunos muchachos de antaño?

—Es posible. La gente está algo cambiada, con situación distinta... Mirá, ni a propósito. ¿Conocés ese del automóvil parado, allí, detrás tuyo?

Sandoval se volvió hacia la acera y vió en una limousine, detenida por la afluencia del tráfico en la esquina, a un tipo flaco y rubio, trajeado con mucha elegancia, a cuyo lado estaba una mujer joven, de gran aspecto, con tremendo sombrero primaveral, cabellera oxigenada de un rubio ardiente y rostro añinado.

—¡Hombre!... casi... casi... si no fuese que en mis tiempos era un atorrante, diría que es el loco de Riquelme. Pero entonces no tenía miras de pelear.

—Es él mismo. Si nos da tiempo para pagar al mozo, vamos a saludarlo, añadió golpeando las manos.

Al ruido de la palmada, el joven del automóvil se volvió con indiferencia, y vió a Landy.

—¡Viejo! ¿Cómo te va?

La compañera saludó sonriente y ambos amigos se acercaron.

Al ver a Sandoval, Riquelme se entusiasmó.

—¡El *pueta*! ¡Qué encuentro! ¿De dónde te has desenterrado? ¿Pero no la conocés a Linda? Te la presento... Mi compañera... el *pueta* Sandoval, un gran tipo; es de los nuestros... Y ya mismo te robo, *pueta*, para que comas en casa con nosotros. Dejalo a ese ilustre negociante en cigarrillos que se vaya a pensar en el mérito del repolló bañado en nicotina. A él no lo invito, porque nos *despreséa*...

—Y continúo en el *despreséa* porque me esperan en casa hace una hora. Que se diviertan, muchachos. Mañana, Sandoval, te veo a esta hora. ¿En dónde? ¿Aquí mismo?

—Eso es, pero más temprano, viejo. Recuerdos a tu gente, que yo me dejo raptar por Riquelme.

Se estrecharon las manos y Landy quedó mirándolos, mientras el automóvil, al que ya había subido Sandoval, se alejaba trepidando, entre una nube de bencina.

III

LA PROLE

A las 8 de la mañana todo estaba revuelto en la casa de Landy, un antiguo caserón semicolonial de los pocos que aun restan en los barrios excéntricos de Buenos Aires. Con patio y aljibe, este último cegado, un amplio corredor de abovedado parral y las enredaderas de madre-selva tamizando la luz un poco brava del día, daban la impresión de sosiego y soledad que ya no se gusta en la capital moderna. Detalles del tiempo viejo, como una gran higuera bajo cuyo ramaje se extendía una hamaca, el enladrillado del patio y el clásico sillón de mimbre — en ese momento cargado de ropa — donde en las tardes de reposo el dueño de casa iría a leer su diario, evocaban vagamente las costumbres de antaño.

Pero el trajín matutino y el carácter de los habitantes que se mostraba en los menesteres domésticos con rasgos peculiares, desvanecían la añoranza, limitando el ambiente patriarcal a la sugerencia de la casa, una añosa y fea casa alquilada a bajo precio por moradores accidentales.

—Apúrense, muchachas, decía una señora de aspecto vulgar, un poco gruesa pero de admirables ojos azules y tiernos, con cierto color blanquecino de turquesa. Esto es

tá hecho un chiquero y ahora no más vendrá Sandoval. ¡Qué va a decir de nosotros!

—¡Qué quiere que diga, mamá! — respondió una chiquela delgadita de vestido a media pierna que barría desesperadamente el corredor levantando una polvareda más propia para ensuciarlo todo que para limpiarlo. Es un amigo de tatita y bien sabe que no somos ricos. Además la casa va a estar arreglada en un periquete. Matilde acaba de desempolvar la "caverna" y conforme yo concluya con esta ruina de patio podremos vestirnos. Usted, mamá, dedíquese a la cocina y no nos estorbe si quiere que todo quede como un ascua de oro.

—Sos una charlatana incorregible, Peregrina. Así no se contesta a las personas mayores. ¡Ay! ¡me van a sacar canas verdes estas muchachas holgazanas! ¡Matilde!... ¡Matilde! ¿Dónde estás?... ¿Arreglaste ya la caverna?

—Sí, mamá, y tatita está trabajando en ella.

La que hablaba era una joven de dieciocho años, alta, espléndida, de carnación transparente y anserina, boca arqueada en una sonrisa extraña que parecía reñir con la tristeza evanescente de sus ojos celestes algo oblicuos, y un andar felino, de gata en acecho. Tipo raro, quizás bueno, quizás malo, quizás indiferente; en los rasgos de su fisonomía y en la opulencia de sus formas, había una heterogeneidad inquietante que atraía y repelía a la vez. Tranquila y desdeñosa, al hablar excluía los galanteos en su reposo de esfinge y de ahí provenía tal vez el encanto sutil de su naturaleza.

La caverna de que tanto se preocupaba la señora, era el estudio y laboratorio del mismo singular personaje que hemos visto en la Avenida de Mayo invitando a Sandoval a pasar el domingo en su casa. Aquello parecía un bazar de antigüedades, una biblioteca de erudito, un antro de hechicero y un museo de coleccionista. Al lado de una retorta había una vitrina de insectos y plantas raras que se codeaban confusamente con libros e instrumentos de forma exótica. La habitación era grande como la sala de una pinacoteca, y a no ser por la inmensa mesa cargada de útiles de escribanía y papeles dispersos, se creería estar en un bric-a-brac de cambalachero inteligente.

En esa caverna sólo tenía acceso, para el arreglo, Ma-

tiide, la real moza ante cuya autoridad, firme y amable; se inclinaban padre, madre y hermanos. Jacinto, el menor de éstos, no parecía sufrir en forma tan eficiente, el dominio de la hermana, pero obtemperaba gravemente a sus mandatos, sin murmurar, sin altanería, sin chiquilladas, como si en vez de un arrapiezo de diez años, fuese un caballero gentil que acatase el deseo de una dama.

A las 11 la casa estaba lista para la visita, que no se hizo esperar mucho. Landy, preocupado con un trabajo urgente de la fábrica de cigarrillos, a la que había faltado el día anterior por acompañar a su viejo camarada, era el único que escapara a la espectación familiar. Su esposa, doña Rosaura, estaba nerviosa a pesar de conocer de larga data a Sandoval, con quien tuvo coqueteos sin consecuencia en los primeros tiempos de su unión a Landy. Tal vez por lo mismo, su pretérita vanidad de mujer festejada, sentíase deprimida por los rápidos estragos de la edad y de la maternidad. Pero su inquietud era indecisa, más bien instintiva, sin otra preocupación que la de una señora de casa que hace muchos años no ve un amigo, joven y emprendedor, del que en la actualidad puede ser madre, desde que el tiempo se cuenta doble en su gravitación sobre las mujeres.

Sandoval, saludó efusivamente a la familia de su amigo, manteniendo ese aire desembarazado del hombre de mundo en presencia de extraños, cuyo trato conoce por referencias íntimas, y entonces se muestra confiado, pero no confanzudo.

La belleza turbadora de la joven lo cautivó de inmediato. Pensaba estudiar ese hogar que se imaginaba engrandecido por el soplo épico del progenitor, y su espíritu se enturbió de improviso, atraído por el encanto que emanaba de Matilde, como un fluido de magia.

Landy, al igual de siempre, monopolizaba la palabra. Estaba preocupado con la diferencia de los reinos de la Naturaleza, en los que encontraba semejanzas prodigiosas. Así, por ejemplo, creía que un árbol es un organismo colectivo que ha realizado el ideal de las sociedades contemporáneas, dando a cada componente de la fusión (raíz, tronco, ramas, follaje, flores, fruto) el puesto que les corresponde sin pérdida de energía vital en detrimento de los demás, pues cada elemento se man-

tenía a sí mismo alimentando a los otros, y el conjunto, el árbol, la sociedad perfecta que imitaría con honra la humanidad, circulaba la savia por todas las partes para que cumplieran con su misión respectiva.

Matilde y Jacinto le escuchaban, ella con los dientes apretados y esa su mirada triste, corregida por los labios irónicos; él atento, reflexivo, queriendo entender, con un esfuerzo tenso de la voluntad, la sabiduría de que su padre era heraldo.

Terminaba ya la paradoja de Landy, cuando Jacinto preguntó:

—¿No cree, tatita, entonces, que el hombre es también una sociedad idealmente organizada, porque cada elemento (pies, manos, nariz, ojos, boca, orejas) tienen su función propia y colectiva?

Con brusqueza Matilde lo interrumpió:

—No digas zonceras, Jacinto. ¡Por favor! no vuelvas a decir zonceras. No comprendés a tatita y mejor es que te callés antes de ofenderlo.

El niño miró claramente a su hermana, inclinando luego la cabeza, y nada respondió. Ella tenía el rostro carmíneo y parecía avergonzada de su ex abrupto.

Y Sandoval, sin saber por qué, sintió penetrar en su cerebro, obscuramente, algo así como una larva de idea que semejara un roce de alas negras, nacidas al calor de un presentimiento muy triste, inconfesable.

Para que la fúnebre insinuación de su demonio familiar no le enseñoreara el espíritu, tronchó el curso de la conversación hablando de Riquelme y de su arribismo extraordinario. En la casa era conocido el tipo, como lo eran todos los amigos del "tatita".

Doña Rosaura sentía una especie de indignación benevolente hacia aquel muchacho que se había fabricado un porvenir a la *grupa* de las mujeres, convirtiéndose en un perfecto clubman, con casa abierta, automóvil y hasta un stud. Matilde callaba, un tanto cohibida por la escabrosidad del tema, aunque sin hacer repulgos de mojjigata y los dos muchachos intervenían impávidos, con observaciones originales para su edad, como ésta de Jacinto:

—Yo creo que el estudio es más útil para la carrera

de un hombre. Se llega a más alto que Riquelme o a más bajo.

Chocóle al mismo Landy la ocurrencia del chico y dijo a su amigo invitándolo a pasar a su "caverna".

—Mi Tito acaba de resumir una teoría mía; vámos Sandoval.

Ya en el vasto y heterogeneo museo, donde los libros se tropezaban a las probetas, el anfitrión obsequió con un buen habano (de la fábrica de marras) a su huésped y prosiguió, con esa voz de inspirado, que tanto realce daba a sus palabras:

--El muchacho ha puesto el dedo en el misterio que me asedia. ¿Recuerdas lo que te dije el día en que nos vimos, respecto a la grandeza del primer cuarto del siglo XX? Los hombres están a punto de marcar el record del heroísmo! Y ahora me pregunto: ¿dónde detendrán su vuelo? Cuando lleguen a igualarse a las divinidades que se remontan al cielo, ¿qué harán? Hay dos principios fundamentales de la Creación que se entrelazan y se complementan, siendo igualmente fuertes: el del Bien y el del Mal. Todas las religiones, es decir, las más altas expresiones de la sabiduría ancestral, los consagran y forman los mitos de Ormuz y Ahrimán, de Jesús y Satán, de Siva y Thug, del dios generoso y del dios maligno, siempre paralelos y siempre igualmente fuertes, pues si Júpiter es el dueño de las almas en vida, Plutón lo es de las mismas en muerte. Una cosa parecida ya lo dije en un articulejo hace pocos años, pues me obsesiona hasta el significado de las palabras "elevado" y "profundo" que son casi sinónimas y sin embargo corresponden a los dos extremos: el del cielo y el del infierno, arriba y abajo. En la actualidad los hombres se remontan y conquistan el cielo. ¿Después?

Se paseó silencioso alisándose la plateada cabellera, mientras Sandoval, absorto, seguía un ensueño personal íntimo, guardándose de interrumpir el momento de tregua a la exaltación de ese poeta del pensamiento.

—Eso, eso, Sandoval, es lo que me enloquece en mis esperanzas. Mi dicha era procrear héroes completos ya que nací demasado pronto para serlo yo mismo. Pero este vértigo de acción que lleva el siglo, y el carácter de mis hijos, de dos de ellos por lo menos, Matilde y

Jacinto, que ultrapasan mi agudeza de observación, ¿serán héroes o serán monstruos? ¿Cuál es su fuerza? ¿Qué buscan? ¿Qué horizontes atraen sus espíritus?

Otra vez las alas negras rozaron el alma de Sandoval y recordó el vivo rosicler que tiñera el rostro de Matilde cuando reprendió a su hermano por haber lastimado la delicadeza de su padre.

IV

REVELACIÓN

SERÍAN las dos de la tarde, cuando echándose de la cama al suelo y yendo a correr las cortinas del balcón, el joven estanciero se apercibió de que el tiempo estaba resplandeciente, luminoso, pródigo de sol, que entraba locamente a oleadas en la *garçonnière* toda en desorden, pero que revelaba por su mobiliario las tendencias de un hombre de buen gusto.

—Esto invita a pasear, pensó Sandoval. ¿Dónde ir?

Por lo pronto procedió a una esmerada *toilette*, pasando a la pieza contigua en la que el ruido del agua que caía de los grifos y la hora que precedió a la vuelta a su dormitorio, acusaron la prolijidad de su higiene corporal. Otra hora empleó en emperejilarse y serían próximamente las cuatro, cuando apareció en la calle, vestido con un completo claro de verano y respirando salud por todos los poros.

Caminó al azar unas cuantas cuadras, lentamente, mirando el movimiento de las calles con curiosidad indiferente, y deteniéndose a menudo en los escaparates para contemplar de cerca el perfil de las muchachas que lo miraban a su vez de reojo y permanecían muy serias.

Los vaporosos vestidos de las mujeres y sobre todo el hábito voluptuoso que emanaba de ellas, bajo el influjo de la estación estival, le trajeron a la memoria la silueta de una joven, que muchas veces acudía a su mente causando impresiones indescifrables. Se le ocurrió entonces ir a visitar su familia y conversar más ampliamente que hasta entonces con ella, pues desde que pasó todo un día en casa de Landy, hacía cerca de tres meses, sólo una

vez vislumbró en el teatro la armoniosa figura de Matilde.

Precisamente se encontraba a dos pasos de la calle Artes y por ahí circulaban los tranvías para Barracas. Se encaramó presto en uno de ellos. Aunque era cerrado, todas las ventanillas estaban abiertas y por otra parte el comienzo de ese verano se mostraba benigno, seductor, invitando al paseo bajo la caricia de una temperatura templada. Los asientos estaban ocupados en su casi totalidad, pero aquí y allá se veían algunos huecos.

Sandoval se adelantó, prefiriendo sentarse cerca de una dama cuyo sitio ladero estaba vacío, desdeñando otro más cercano que le daba acceso a la ventanilla del lado de la sombra. Sin ser mujeriego, le agradaba la proximidad del sexo femenino y respiraba con delicia *l'odor de femina* que en verano parece extenderse en ondas más violentas.

Ocupó, pues, el asiento y después de cortos instantes miró de soslayo a su compañera. Esta, que también lo miraba en ese momento, le sonrió con dulzura.

—¡Cómo! ¿Es usted, Matilde? ¡Qué sorpresa más agradable!

—No tanta como la mía. Yo creía que usted no se apeaba de los carruajes y los automóviles, desdeñando la plebeya *carrozza di tutti*.

—Hace bien en tomarme el pelo, señorita. ¿Será que tal vez la he deslumbrado contándole grandezas? ¡Seguro que he contado que uso camisa y calcetines de oro y que me pongo diamantes en el sombrero!

—Casi, casi, respondió la joven. Tatita nos ha contado tantas veces que usted es un gastador empedernido, que me extrañaba la modestia de su locomoción.

—¡Cuánto se horrorizaría de mí si supiese que muy a menudo ando de a pie!

Sonrió ella y después de un instante le preguntó:

—¿A qué adivino a dónde iba?

—No es muy difícil, contestó Sandoval sonriente. Pero me agradaría oír la solución de la adivinanza.

—Al puente de Barracas, a comer sandías en los barcos que allí anclan.

El mozo la miró un instante, un poco desconcertado, y sin responder a la suposición, informóse de cómo se en-

contraba la familia de la joven. Matilde le dijo que bien y que gracias. El diálogo languidecía. Para avivarlo, Sandoval la habló del padre y el rostro de ella se animó de súbito.

—Espero que el buen viejo no trabaje mucho. Hace años que no lo veo, pero me temo que el exceso de labor le traiga un surmenage. ¡Es una naturaleza tan inquieta!
— ¡Qué esperanza! ¡Siempre está tan joven, tan joven!
— respondió ella con vehemencia. — No hay cuidado de que se enferme el querido tatita. Ya quisieran muchos jóvenes tener, no digo las condiciones morales e intelectuales de papá, porque eso es imposible, sino también su salud, su goce de vivir, su fuerza, su atractivo constante.

Se entusiasmaba de modo insólito y sus mejillas coloreadas y el raro resplandor de sus ojos azules un poco oblicuos, le prestaban un brillo de novia que oye hablar mal de su prometido y se indigna de la calumnia.

—Veo que usted adora a su papá, dijo muy grave y con voz sibilante Sandoval.

Ella frunció cejas y labios, echó una mirada colérica sobre su interlocutor y nada contestó. Una larga pausa dolorosa siguió a la observación de Sandoval, hasta que al fin Matilde la interrumpió diciendo en tono tembloroso:

—¿Me hace el obsequio de tocar la campanilla? En la esquina me bajo. Ya estamos a un paso de casa... Muchas gracias.

—De nada. Mil expresiones a los suyos.

Nueva fórmula de cortesía y Matilde, ya parado el tranvía, descendió, sin volver la cabeza y se retiró cadenciosamente, mientras Sandoval siguió el viaje contemplando el paisaje de Barracas, poblado de antiguos chalets un poco mustios que flanqueaban el trayecto sobre barrancas de césped.

El joven, abstraído, no veía nada. Una rara obsesión dominaba su espíritu, por lo general tan límpido y lógico. Recordaba las palabras de Landy, sus entusiasmos y sus decepciones, esa morbosidad y agudeza de visión que lo conducía a límites extensos del pensamiento humano sin que nadie pudiese divisar las fronteras. ¡Esta Matilde! Por fin Sandoval sintió como un lampo de luz que iluminara profundidades oscuras, pero muy débilmente, co-

mo el tembloroso resplandor de una linterna de minero en el pozo de un socavón.

El tranvía llegó a la ribera del riacho que separa por un puente el territorio de la capital con la provincia de Buenos Aires. Hacia el sur se extendía la misma ciudad, ya bajo otra jurisdicción.

El joven descendió, siempre pensativo, y maquinalmente se dirigió al largo puente divisorio. A sus pies corría un agua barrosa, medio estancada por la afluencia de pailebots y barcas de toda especie que casi obstruían la corriente del estrecho lecho, no obstante la anchura del Riachuelo.

Los buques cargados esperaban su turno para hacerse a la vela. A las orillas, unas balandras llenas de frutas, especialmente sandías, estaban llenas de paseantes que devoraban golosamente el rojo fruto y tiraban las cáscaras al agua, las cuales boyaban como botecitos de niños.

Apoyado en la baranda del puente, Sandoval, a quien el poniente del sol producía esa sensación de misteriosa nostalgia que desciende del crepúsculo vespertino, soñaba vagamente. En su recuerdo se insinuaba otra tarde lejana, a la misma hora, en que él se sentía muy triste, como en ese momento, acodado a un puente mucho más hermoso, un puente de piedra que parecía la prolongación de los edificios ribereños.

Era en Florencia, sobre el Arno de aguas glaucas y oscuras, después de recorrer las galerías de los Oficios y el Palacio Pitti. Con el alma llena de las maravillas que había visto, soñaba en la tranquila ciudad del Arte, en aquel famoso Renacimiento, evocando las cabalgatas de Lorenzo el Magnífico, por las calles estrechas que iban a parar a la extraña plaza della Signoria, donde se acumulan millones artísticos. Y mientras esos sueños arcaicos de la dulce tarde florentina mecían su mente, la nostalgia de la patria, de su Buenos Aires amado, bullicioso y movedizo, le aportaban un contraste extraño y un ansia loca de regresar a la Argentina y verse con sus amigos, con sus queridas, con los sitios familiares de su adolescencia feliz.

Esta impresión de la vieja Europa la sentía ahora mismo en forma invertida, aunque con igual melancolía, al fijar la vista desde lo alto sobre el agua del Riachuelo,

cuyo color fangoso distaba mucho del encajonado verde-azulado del Arno. Una misma impresión de nostalgia por el pasado y de angustia por el presente le envolvía con sus tenues pliegues.

¿Cuántas horas pasó de reconcentración íntima y atristada?

Al volver a la realidad, la noche había caído. Por el lado norte, la ciudad reverberaba con millares de puntos rojos, mientras por cima de todo un leve resplandor lumínico le semejó una túnica de Neso que hiciera arder al monstruo humano. Ahí estaba Buenos Aires, ese gigante terrible en cuyo seno dormían los grandes y pequeños dolores, la vida artificial y los afanes fiebrosos, el goce intenso y la alegría desenfadada, el misterio de un millón de seres: los unos vulgares, los otros grandiosos.

Se le vino a mientes la figura de Rastignac, en un cementerio de París, extendiendo el brazo a la ciudad-monstruo y amenazándola con su conquista.

Sandoval, con aire de desaliento, murmuró:

—¡No, yo no te conquistaré! ¡No tengo pasta de héroes!

Y pensaba en Matilde.

V

CONSUMATUM

PASARON los meses; Sandoval, reconquistado por la ciudad que destapaba nuevamente a su vista encantos sorprendentes, veía a su Landy de cuando en cuando, y dos minutos de charla en la acera bastaban a su mutuo regocijo.

De pronto recibió la triste noticia. Se la dió Riquelme, de improviso, como una puñalada a traición.

—¿Sabés *pueta*? El viejo Landy ha muerto o se está muriendo, no sé bien... Una cosa estúpida, che... un andamio que se cae y el pobre viejo convertido en tortilla... Si tengo un ratito voy a ir luego... Era muy bueno y muy generoso. En mis tiempos hasta me prestó plata. Pero estaba algo chiflado. ¿Tomamos el copetin?

Sandoval se había parado en seco. ¡Landy muerto! Una emoción brutal paralizó hasta sus ideas.

—Bueno, sí, tomemos el copetín. ¡Vamos pronto!

Entraron a una confitería y se sirvieron algo. Riquelme le contó una historia de un fulano, el *potín* del día, que había sido echado de un club por fullero. Jamás supo Sandoval de qué hablaron aquella tarde.

Media hora después estaba en el viejo caseron de Barracas.

En el cuarto, olor a enfermo, a hospital, a trementina y cloroformo, ese olor que penetra la pituitaria como vanguardia del olor cadavérico.

Tendido sobre el lecho y en trance de muerte, la cabeza fina y desencajada de Landy emergía sobre la blancura del almohadón. Tenía los miembros y el torso deshechos, pero del horrible destrozado se había salvado su semblante expresivo, cuyos ojos estaban concentrados en los hijos.

Sandoval creyó percibir una fugitiva llama que saludaba al viejo camarada, pero no supo si lo reconocía. Un hipo penoso estertoraba al moribundo, cuya mirada permaneciera clavada en la actitud de sus descendientes. Siguióla Sandoval. De rodillas, con sollozos convulsos, Peregrina escondía su cabecita desgreñada y rubia en los cobertores de la cama. Matilde, de pie, tan pálida como el agonizante, tenía los dientes apretados, las manos crispadas y sus ojos de luz triste se habían bañado, en una expresión de mater dolorosa como sólo Fra Angélico podría pintar, si añadiera a su pincel místico el humano sufrimiento de una virgen de Murillo: el tinte patético de las violadas ojeras emanaban no sé qué contenida adoración, y su alma parecía llorar con infinita amargura, como si la muerte instalada a la cabecera del mísero la robara todos sus anhelos, todas sus ilusiones.

Jacinto, por el contrario, observaba con una pasmosa y grave serenidad la faz lívida del padre, que se contraía espasmódicamente. Sus ojos muy abiertos parecían escrutar el misterio del más allá, con curiosidad de médico. Seguía atentamente, silencioso como de costumbre, el avance de la Siniestra, y su boca infantil se entreabría floja, como si toda su inteligencia se aplicara a la solución de un problema. De la habitación vecina, llegaba

amortiguado el lamento de la madre, con crisis de gritos histéricos que dañaban los nervios.

El médico, un joven serio, había abandonado sus cuidados. El fallecimiento era cuestión de minutos, y aunque pretendió sacar del cuarto a los tres hijos, éstos se rehusaron con áspera firmeza. Tal fué el cuadro que se presentó a Sandoval en el trágico instante.

Al cabo de un rato, la mirada de Landy, fija en los deudos, brilló con una chispita de angustia y se apagó de súbito, con los ojos dilatados, vidriosos y opacos.

En el mismo instante el cuerpo de Matilde se abatió, todo de una pieza, sin un quejido, presa de un desmayo fulminante.

Landy acababa de morir.

Transportada en brazos por Sandoval a una pieza cercana, la hija del muerto volvió en sí casi al instante y sus labios emblanquecidos se removieron en una frase que aquél no alcanzó a percibir claramente:

—El era... héroe... yo...

Discretamente se alejó Sandoval para atender a los cuidados materiales del deceso. Fué un rudo día de trabajo el que echó sobre sus hombros para la velada mortuoria. Ignorante de todo lo que atañe a la última toilette del hombre que van a inhumar, perdió tiempo yendo de un lado a otro, penetrando en los atavíos necrológicos e inquiriendo de vecinos los detalles nimios de las ceremonias, cuando pudo muy bien encargar todo a una empresa de pompas fúnebres y dedicarse al consuelo de los huérfanos.

Pero no tenía ánimos para conversar con ellos; antes por el contrario, sentía cierta repugnancia, sobre todo hacia Matilde, de quien estuvo a punto de enamorarse hasta que creyó percibir su real naturaleza.

Fué a los diarios, redactando él mismo sentidos sueltos de elogio al extinto, y la noticia trascendió rápidamente, llevando al velorio innumerables amigos de Landy. Resultó una cita heterogénea, de hombres ilustres y humildes anónimos.

Adquirido un nicho en la Chacarita, prevenido un entierro de segunda y listas las múltiples menudencias que comporta el fallecimiento de una persona conocida, al día siguiente se verificó el sepelio, a las 10 de la mañana.

No hubo discursos. Sencilla y silenciosamente fué depositado el ataúd en su tumba, y la concurrencia volvió a la ciudad.

Mientras regresaba, Sandoval sentía bullir en su cerebro un enjambre de ideas confusas y téticas.

—¡Pobre!, ¡mi pobre viejo! — se decía. — ¿Habrás comprendido al morir lo que dejabas detrás, tú que eras el amor y el talento reunidos en una armoniosa vida? Querías héroes, querías perpetuar en tus hijos tus ansias de idealismo sano y valeroso, con más una superioridad que te excediera... Soñaste y veías tu sueño en marcha, y estabas contento... Pero te roía la inquietud del exceso, porque Dios no quiere que las cosas y los hombres grandes sean perfectos en todas las magnitudes... Yo he visto, ¡ojalá me equivoque! que no fueron vanos tus temores. ¡Esa Matilde! ¿Quién diría que esa flor de beldad llegara a abrigar sentimientos insanos a fuerza de sentimentalismo?... Es la virgen soñadora y concentrada, la virgen de pensamientos locos... ¡Pobre padre!, ¡tan cándido en sus afectos naturales y exquisitos!... ¡Y el Jacinto! inteligencia de niño, desmesurada y monstruosa, que no se conmueve una pizca ante la muerte del pobre viejo... Esos son los grandes ¡esos! las de corazón excesivo que llegan al amor malsano, y los de cerebro excesivo que llegan a la insensibilidad absoluta... Quedémonos mediocres, seamos naturales, no violemos las leyes de Dios que nos repartió honestamente nervios y músculos para equilibrar sentimientos e ideas...

El carruaje ya estaba en la Plaza de Mayo, y el cochero, inclinándose hacia atrás sobre el asiento, preguntó a su cliente:

—¿Dónde lo llevo, niño?

Sandoval tenía programa y compromisos como para un mes más. Pero el tumulto de sus reflexiones lo decidió de improvisó.

—A casa. Maipú, 40.

Y dió término a su monólogo, murmurando para sí:

—Me voy a la estancia. Basta de ciudades grandes. El campo es la vida simple y... buena.

EL ROBO MÁS CRUEL

A GÉSILAO Contreras pasaba, con motivo, entre sus relaciones, por uno de los caracteres más excéntricos de la generación contemporánea. Sus ideas y discursos desconcertaban constantemente, sin que la paradoja disonara con su temperamento, pues el acuerdo de la vida a las teorías que sustentaba jamás padeció ningún quebranto.

Su juventud, — treinta años escasos, — su belleza viril de aspecto daguerrotípico que evocaba los medallones porteños de la Independencia, su fortuna y su talento original, todo contribuía a favorecer la vida de Contreras, el cual no escatimaba dinero ni salud para aumentar su tesoro de emociones.

El tipo *Fortunio*, de Teófilo Gautier, podía servir de término de analogía con nuestro epicúreo de sensaciones, sutil, exquisito, culto, bravío a lo Cyrano, elegante y amador, poeta a ratos y sportman de naturaleza.

En el capítulo del amor, Contreras degustó infinitas variedades, pudiendo como don Juan envanecerse de todo el pentágrama femenino, con la diferencia a su favor de haber experimentado las amarguras del desvío, el resquemor de la derrota y el martirio de la mutua asimetría espiritual, junto al placer de las pasiones compartidas y de las sentimentalidades lunarias en raptos de misticismo cordial.

El erotismo múltiple, desde la grosera brama a la telaraña psicológica del preciosismo, fué deleitosamente saboreado por ese gallardo y turbador mancebo, cuyos ojos de verde opalescente poseían una magia enigmática. Amó mucho, gozó mucho, padeció mucho.

A ese denso caudal de impresiones, en las que diversas circunstancias de hecho aportaban el prestigio de la

lucha (citas sorprendidas, celos, conflictos morales, rivalidades, enervamientos, etc.), se agregaba, para dar completo interés a su vida, el constante chisporrotear de una inteligencia vibrátil, fina y poderosa como una daga cincelada por Benvenuto. En un ambiente heterogéneo de excepticismo dialéctico y optimismo tan profundo cuanto docto, su talento dúctil y receptivo comprendía la mórbida fe de los líricos como las negaciones razonadas de los investigadores sistemáticos. Y de ahí que fuera capaz de anegarse en los misterios del ocultismo, lo mismo que de tronchar con irónica sonrisa y lógica contundente el haz fundamental de las verdades de un culto.

La vida física, por otra parte, su natural deportivo que le hacía practicar el arte del músculo en las nuevas aventuras de este siglo enérgico, complementaba la silueta de Agesilao Contreras, gran acaparador de emociones y diletante de los arcanos que ofrece al hombre la dispendiosa Naturaleza.

Precisamente, su afán por asimilar todo hasta los límites concebibles, constituía la faz extraordinaria, la singularidad un tanto morbosa de su idiosincrasia, no faltando gentes que le tildaran de insano, aunque los camaradas más habituados a su modo de ser, se limitaran a incluirlo en el grupo de los semilocos, que en romance criollo nosotros llamamos *locos lindos*.

A la hora propicia de la *causerie* en los cafés nocturnos (2 a 3 a. m.), hallábase Contreras cierta vez en compañía de un distinguido periodista, joven vivaz y entusiasta, y de una amiga de teatro, Crimilda, dama entendida en achaques ideológicos. El cronista, Juan Ferrándiz, estaba en uno de sus días tonantes y agresivos.

—Deberíamos instituir, — clamaba, — una policía de las letras, un cuerpo de detectives prácticos e instruidos para seguir la pista de los robos intelectuales y encarcelar a los delincuentes. Es atroz la criminalidad bonaerense contra la propiedad literaria. Y lo peor es que los ladrones siempre permanecen impunes. Ahí tienen ese vil engendro que acabamos de aplaudir. ¡Toda la dramática francesa ha sido devastada!

Contreras tomó lentamente un sorbo de su *bavarois* y, como quien evoca recuerdos imprecisos, preguntó al indignado escritor:

—¿Qué duele más?, amigo Ferrandiz. ¿El hurto de una obra en que uno ha puesto toda su inteligencia, el de un dominio material que ha costado las energías de una existencia, o el de una mujer en quien se ha depositado la felicidad de un alma ávida de amor?

La dama, entendida en achaques ideológicos, se apresuró a responder:

—Eso no se discute, Agesilao. El robo de un corazón no acepta paralelos porque jamás es posible recuperar el amor perdido y si se recupera ya está marchito.

Ferrandiz protestó:

—Usted, Crimilda, no puede negar que es mujer. Su sexo siempre antepone el sentimentalismo al verdadero sentimiento. Yo de mí sé decir que no concibo crimen más abyecto que la usurpación de una gran idea, pues importa el despojo de la gloria de un ser, cometido por un ente inferior. Mal de amor se remedia; anulación de un alto cerebro en provecho de una mediocridad furtiva, importa un desastre irremediable.

—Y si usted, coleccionista, pongo por caso, — dijo Contreras, — poseyera una maravilla de arte y se la arrebataran, o descubriese una mina de diamantes que otro retuviera para sí, o un banquero fraudulento se le alzara con sus economías penosamente acumuladas, ¿no sufriría tanto como con la pérdida de sus celebraciones o de su amada?

—O de su amado, rectificó coquetamente Crimilda. ¡Pero Agesilao! ¿Usted, desciende a dar importancia al factor económico? ¿Usted tan pródigo, tan generoso?...

—Porque soy rico y me deleita gastar. ¿Quién te dice que no me pegaría un tiro si me viese en la miseria... a menos de pegárselo al ladrón, que es lo mismo?

—¡Materialista!

—¡¡ Palurdo!!

—Sin embargo, prosiguió Contreras... sin embargo, yo... yo conozco las tres emociones... ¿Se acuerda, Crimilda, de hace cinco años?... ¿de nuestro... flirt?

La dama hizo un mohín gracioso y, pellizcando suavemente sus labios, murmuró:

—¡Qué loco!

Luego, con sonrisa seductora.

—Dicen, Agesilao, que debajo de las cenizas se conservan las brasas...

—Pero usted recién afirmó que el amor marchito no sustituye al Amor... Me acuerdo muy bien, usted era entonces la condensación de mi ideal, el compendio de mis ilusiones. ¡Cómo la amaba! ¡qué de locuras, Crimilda!... Sí, es cierto, se sufre horriblemente, infernalmente. El robo de un alma sólo es comparable al robo de una idea magnífica, de un hallazgo mental amorosamente cultivado... De esto hace pocos meses. Una noche, semejante a la presente, confié a... ¿por qué no nombrarlo? a mi amigo Vallejos, el argumento de esa extraña y reciente tragedia que levantó una tempestad crítica...

—¡Cómo! — exclamó Ferrandiz. ¿Es posible que no sea de Vallejos sino suya *La inquietud de la dicha*, la gran obra dramática del año? ¡Pero ese robo es sencillamente nauseabundo! ¡Toda una consagración!... ¡Qué ancheta la del tal Vallejos!

—No tanto, no tanto. Yo mismo provoqué el latrocinio, por curiosidad mórbida, eligiéndolo al tipo como el más inescrupuloso al mismo tiempo que el más hábil de mis amigos. Le conté escena por escena, le expliqué antecedentes e intenciones, le abrí, en una palabra, todo el drama y él lo escribió para sí, casi textualmente, interpretando con suma destreza las situaciones teatrales. Pero les aseguro que al oír los aplausos dirigidos al impostor, al sentir el desborde entusiasta de la sala, al constatar en su amplitud la extensión del saqueo, casi enloquecí de rabia, dolor, despecho, arrepentimiento, ¡qué sé yo! Felinamente, con un dengue, la dama reprochó:

—¡Y después dice que fué igual al robo de un corazón!...

El respondió con aire fatigado:

—Igual, no: equivalente. Ahora ambas emociones se han debilitado. Necesito exacerbarlas para reiterar sus punzantes goces.

—¡Monstruo!

Y los ojos de la dama se entornaron.

—¡Es inaudito! — vociferó Ferrandiz. Bien me parecía que Valléjos no tenía envergadura para tanto... ¡Qué pirata abominable! Si a mí me hubiera sustraído...

—Todo va en temperamentos, — concilió Contreras.

Lo verdaderamente inaguantable es lo imprevisto, lo fulminante... lo que me comunicaron hoy. Ha sido otro robo, una estafa perfecta, mi ruina actual. Con lo que me queda podría vegetar estrechamente un año y yo no sirvo para la caza del centavo. El administrador de mis bienes ha realizado todo lo mío a mi nombre, con plenos poderes... la vieja historia... y a la fecha anda quién sabe dónde... tal vez en Australia... quizás aquí mismo, en Buenos Aires. Estoy reducido al mobiliario de mi *garçonnière* y a dos o tres mil pesos... un bocado.

—¡Qué barbaridad! ¿Y ahora?...

—Veremos. Lo esencial para mí es la emoción, el disturbio psíquico que esto me produce. No siento angustias, ni exaltaciones coléricas, ni desesperación aguda. Es una sensación vaga y atónita, una mezcla de postración, desaliento y conformidad, algo muy complejo que me sugiere ansias de... no sé... Me dan ganas de emborracharme o... ¿Se acuerda, Crimilda, de nuestro flirt?

Vivamente impresionada, la joven tuvo como una intuición de que el bálsamo del cariño haría reaccionar las energías latentes de ese hombre, gastado e inútil a pesar de sus brillantes facultades.

—Vámonos, dijo. Lo acompañaré. Agesilao.

Al día siguiente, Crimilda leyó espantada este billeteito que le dejara Contreras en el velador, antes de abrirse las venas en el baño como un Petronio:

"Amiga mía: El tercer robo no fué el más cruel sino el más eficaz para cerrar una ruta estéril. Como sufrí mucho con el primero, te dejo en herencia el remordimiento. A mi vez te llevo la felicidad. Adiós".

HACIA EL PÁSADO

EL abogado Andrés Macet, secretario de una repartición judicial y hombre de mundo con sus ribetes de literato, pidió la mano de la señorita Josefa Fernández, hija de un acaudalado escribano.

Los episodios de su noviazgo se tramitaron a la manera de un juicio ejecutivo sin tercería de dominio, maquinalmente, con providencias clisés y plazos fatales. Sin embargo, poco antes de la boda, el ejecutado (doctor Macet), articuló una excepción, que estaba muy lejos de interponer en ese momento, por razón de su mismo estado de espíritu. Un aire de misántropo prematuro, que prestaba al joven doctor cierto tinte romanesco, presentándolo ante su amada como un héroe byroniano, se había acentuado aquella vez sobre su severo semblante, con rasgos típicos.

Hallábanse juntos él y Josefa, sentados frente al piano. Una manecita de ésta, de blancura transparente, jugueteaba distraída sobre las teclas, con el aire lánguido que adoptan las niñas románticas. Su rostro puro y fino, muy blanco y muy ingenuo, revelaba no sé qué inquietud mezcla de petulancia y pesar.

—¿Me dirás por qué sufres? — preguntó a Macet, clavándole sus ojos fascinadores y maravillosamente grandes.

—¡Yo! ¿Pero acaso sufro? No tengo nada... es decir, sí, tengo algo, una ligera obsesión, una bicoca que me turba el espíritu... En suma, sandeces.

—No, no... Yo quiero que me digas lo que sientes, yo quiero, yo quiero! Lo entiende usted, señor mío?

Y sus grandes y negras pupilas se ocultaron dulcemente entre el leve abanico de las pestañas, en tanto que,

uniendo las cejas, simulaba un gesto de enojo. Andrés sonrió.

—Será como usted quiere, señorita mala: la castigaré por curiosidad. Bueno... Vamos a ver... Me obsede un recuerdo, tenue, casi evaporado, de mi niñez. ¿Sabías que yo era campesino?... Empezaré como en los cuentos. Esta era una vez... que vivía en una colonia, siendo yo una criatura de 8 a 10 años. Mi familia me envió a un pueblo cercano a estudiar para doctor. Lo raro es que llegué a serlo; pero entonces sólo pensaba en mis amiguitos, los hijos de Mr. Pierre, savoyardo aquerenciado en nuestra tierra. Uno de ellos, el *Boyo* (Ambrosio), me enseñó a manejar el alambre para cazar perdices, y las boleadoras de plomo para manear gallinas. Gineteábamos terneros mamones, y, con una hoz enderezada al fuego, pescábamos sábalos en el arroyo de la Isleta. Con el objeto de evitar que la hacienda vacuna se pasara a las propiedades contiguas iba a cuidarla la *Toya* (Victoria), chicuela muy poco menor que yo.

En las vacaciones, reanudaba con los muchachos la relación interrumpida durante seis meses. Prefería estar con la *Toya* porque ella me admiraba mucho y además éramos novios. ¡Qué idilio! En los pastizales verdegueantes, o tirados sobre rastrojos, nos dábamos ardientes baños de luz, gozando con toda nuestra oscura alma de niños la caricia dorada de las tardes estivales. Con la *Toya* nos queríamos muchísimo, pero nunca se nos ocurrió besarnos. ¿Para qué? Aquel era el primero y más puro perfume de la inocencia y vivíamos en una dicha cierta, absoluta ¿entiendes? emanada de nuestro mutuo cariño infantil. El *Boyo* no me satisfizo: era demasiado tosco y yo demasiado sabio. Una vez quise enseñarle que no se decía *truje* sino *traje* y me contestó que *traje* era *vestido* de los hombres y *truje* lo que uno había traído.

Me convenció pero no asentí, por orgullo, añadiendo que en todo caso sería al revés. Pude, pues, asentar mi superioridad.

Después... después, ya no sé. Aquello se fué borrando, poco a poco, y pasaron los años y no volví a verlos, siguiendo una carrera que en nada se asemejaba al ambiente apacible de la vida rural. Te parecerá esto un *Pablo* y *Virginia* muy tonto, ¿verdad? Pero no lo creas.

Hoy vino a Buenos Aires, y se presentó en mi casa, un hombre rústico; un colonio grandote que, con modales tan burdos como respetuosos, me explicó su visita. Se trataba de Ambrosio, el *Boyo*, y deseaba una recomendación para un comisario o no se qué del Mercado Central. De antiguo mercachifle de huevos, ese jayán rubio y zafio iba a transformarse en todo un señor puestero de aves de corral. Le pregunté por la *Toya*. ¡Oh! la *Toya* estaba casada desde hacia varios años con un tal Lerroux, aquel Lerroux de nariz picada... el *Chimango*, pues. Tenía cuatro hijos.

En seguida me la imaginé. La vi de improviso, evocando la figura obesa de una aldeanota grasienta, con zuecos, gruñona, llevando un chiquillín en cada brazo... Y se acabó el cuento: ¿te convences de que era una zoncera?... Pero, lo cierto es que recordé mi infancia... ¡no! no fue mi infancia... recordé aquel amor puro, matinal, el gorjeo cristalino del ave que saluda la aurora. Y sé que nunca volveré a sentirlo, nunca, nunca más. *El Cuervo* de Poe, revolotea angustiosamente en esta sensación, como si yo recién *comprendiera* las fatales palabras del divino poeta.

Hubo una larga pausa.

—¿Me disculpas, Pepita? Es un pasado... el pasado que no vuelve.

Josefa, inclinando la cabeza, se puso a llorar, silenciosamente.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|---|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO-TSÉ | { El Libro del Sendero y de la
Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------------|---------------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOFF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHEA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |
| 30. ANATOLE FRANCE | Crainquebille |
| 31. FERNÁNDEZ MORENO | Antología (1915-1918) |
| 32. EDUARDO WILDE | Mar Afuera |
| 33. GABRIELE D'ANNUNZIO | Tierra Virgen. |
| 34-35. FRANZ TOUSSAINT | El jardín de las caricias |
| 36. GUILLERMO VALENCIA | Poemas |

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

37-38. G. BERNARD SHAW	Vencidos (Comedia)
39. EDMUNDO MONTAGNE	Poesías
40. REMY DE GOURMONT	Algunas Páginas
41. ANTIGUO TESTAMENTO	El cantar de los cantares
42-43 ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	Jardines de Francia
44. ANTONIO MONTEAVARO	Sus mejores cuentos

Esta Administración ofrece algunas colecciones
al precio de veinte pesos cada una.

Cuaderno de próxima publicación:

LA CASA ABANDONADA, por Pedro Prado.

SUSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 3.00 m/n.

Precio de este número: 25 cts.

Número atrasado: 0.40 centavos

Correspondencia: Apartado Postal 66 - Ba. As.